

## Las manos de Baudelaire

Charles Baudelaire, quien nació hace doscientos años en Francia (1821-1867), es considerado el poeta moderno por definición, aunque los nombres que definen las épocas o escuelas sean a veces tan extrañas, y aunque el autor de *Las flores del mal* haya vivido en un período en el cual imperó, sobre todo en Europa, el Romanticismo. Es con su libro de poemas *El spleen de París*, publicado póstumamente en 1869, y que lleva normalmente el subtítulo de *Pequeños poemas en prosa*, que el autor le da un vuelco a la poesía escrita hasta ese momento, e instaura el pequeño fragmento poético, ya no atenido, entonces, a una métrica y una rima, como una nueva forma de presentar el poema. Pero el mismo Baudelaire previene sobre lo que se puede venir. Dice que, si se libera al autor de la dificultad de la rima, este se debe sentir en el deber de dar un ritmo al pequeño poema en prosa, debe darle una estructura próxima a la poesía, ante el riesgo de caer en el relato literario. (O en un cierto facilismo insubstancial — como se ve a menudo —, diría uno).

En sus ensayos y en su poesía, Baudelaire se fue lanza en ristre contra la moral, contra la religión, contra la hipocresía y contra la estúpida sociedad en general, imperantes en su tiempo (y aunque todo ello continúa existiendo en todas partes, qué duda cabe, también el arte sigue siendo una magnífica contraparte). Ya en el primer poema de *Las flores del mal* (1857) que se llama, justamente, “Al lector” (“¡Satán tiene los hilos que mueven nuestras vidas!”) le dice “hipócrita” a quien lee sus poemas, al tiempo que le llama, así mismo, “mi prójimo”, “mi hermano”. Esa desfachatez y ese cinismo hicieron parte de su extraordinario modernismo. Baudelaire entendió, quizás primero, que el mundo ya era así. “El gran mérito de



Pablo Guzmán. *Ladeo*. Acrílico sobre lienzo, 200 x 100 cm, 2017

Goya consiste en haber creado lo monstruoso verosímil: sus monstruos nacen viables, armoniosos”, llega también a escribir, hablando de uno de sus admirados y queridos pintores (él mismo fue buen dibujante y son famosos sus retratos y autorretratos), y entendiendo per-

fectamente al también adelantado Goya en sus duras caricaturas y en su crítica a la sociedad, a la hipocresía, a la guerra.

En 1848 Baudelaire (tiene solo 27 años) lee, y poco después traduce y se lo da al continente europeo, a Edgar Allan Poe (Estados Unidos, 1809-1849), quien lo aventaja en unos cuantos años, y es la obra del autor de *Narraciones extraordinarias* la que termina de convencerlo de la necesidad de cantarle a la gran ciudad naciente y, con ella, a la multitud (“El hombre de la multitud”, cuento del norteamericano, juega un papel preponderante en el francés). En el poema “A modo de prólogo”, en la edición de Cátedra, de *El spleen de París*, dice, por ejemplo: “A la montaña he subido, dichoso el corazón. / Desde allí, enteramente, puede verse la ciudad: / Purgatorio, lupanares, infierno, hospitales, prisión. // Te quiero, ¡oh, infame capital! Vosotras, cortesanas, / Y vosotros, bandidos, a menudo brindáis placeres / Que el vulgo profano no sabe comprender”. Habló, para siempre, de la ciudad; la adivinó, desde su tiempo, tal como es hoy. En aquello de: “Quien no sabe poblar su soledad, tampoco sabe estar solo en medio de una atareada muchedumbre”, escrito por él en “Las multitudes” de *El spleen*, está dicho todo. O casi.

En *El pintor de la vida moderna*, una serie de ensayos sobre dos de los temas que lo apasionaban, Baudelaire escribió: “La modernidad es lo transitorio, lo fugitivo, lo contingente, la mitad del arte, cuya otra mitad es lo eterno y lo inmutable” y “Muchas trivialidades se hacen enormes; muchas nimiedades, usurpadoras”. Es decir, ya el poeta del siglo XIX nos decía lo que hoy es una verdad esencial que nos esforzamos en entender cabalmente: el arte menor es el gran arte.

Otra faceta de su importante obra es *Mi corazón al desnudo* (también publicada póstumamente en 1887), fragmentaria, aforística, la cual no estoy, quizás, en condiciones de entender redondamente, pero cuya lectura recomiendo abso-

lutamente, dado que encuentro ahí pequeñas joyas, del estilo de: “Ser un gran hombre y un santo *para uno mismo*, eso es lo único que importa” o “Al hombre le gusta tanto el hombre, que incluso cuando huye de la ciudad lo hace en busca de la masa; es decir, para rehacer la ciudad en el campo”. Un Baudelaire enigmático y desnudo, que dejó rastros en una obra, para mí, deliciosa.

**Aparte:** ¿Alguien ha visto las manos de Baudelaire? La información al respecto puede ser intrascendente (y exagero, seguramente), pero es, por lo menos, curioso, que Nadar (ese gran fotógrafo francés) lo haya retratado, en lo que se puede ver, con la mano derecha metida (escondida) en su chaqueta a la altura del pecho, y la izquierda en el bolsillo del pantalón. O, en otra, con las dos manos en los bolsillos del pantalón. No fue al único personaje, además, a quien Nadar escondió las manos, antes de obtener la recién inaugurada cámara. Baudelaire, por otra parte, terminó posando para el fotógrafo, después de que, al principio, denigrara del invento de 1839 en la misma Francia. Tal vez, se ha dicho, es de los que pensó que ella desplazaba a la pintura, de la que el poeta francés era gran amante.

De otra parte, lo que el amable lector (que no “hipócrita lector”) encontrará a continuación en esta *Agenda Cultural* de abril serán unos magníficos artículos y comentarios sobre la obra de Charles Baudelaire, y versiones originales al español de algunos de sus poemas.

Ricardo Cano Gaviria, Inés Posada, Juan Zapata, Luis Eduardo Martínez-Álvarez, Carlos Ciro y Daniel Jerónimo Tobón Giraldo (los de aquí) y Walter Benjamín (de un poco más allá) con escritos de gran calidad nos redondean la idea del autor francés, imprescindible para entender, en buena parte, el siglo XIX y en buena medida el XX.

Luis Germán Sierra J.